EN LAS HELADAS AGUAS DEL CALCULO EGOISTA

"... arrogante esplendor, ya que no bello,/ del último Occidente". Luis de Góngora: Soledades

"La hora del crimen no suena para todos los pueblos al mismo tiempo. Así se explica la duración de la historia". Cioran

El ser humano siempre ha necesitado creer que su vida tiene una razón. Hombres y pueblos suponen que el tiempo vivido y por vivir debe, forzosamente, poseer un sentido. Les horroriza la imagen de la existencia como algo hueco, sin razones ni conclusiones. Ante la intuición del vacío del tiempo aparece, terrible e insoportable, el caos, la sensación del absurdo: amenaza de lo inconsistente, irrealidad de las cosas sin límites, amorfia del tiempo que nos engulle.

El horror ante el absurdo de la historia es análogo a la náusea frente al vacío existencial. Ante ambos -historia vacía, vida vacía- el hombre aprehende su soledad, su inanidad. Para vencer esa sensación, escogió a lo largo de los siglos dos actitudes: la fe o la Razón. Entender o creer. En ambos casos: explicación de sí, de su condición humana, dentro de una lógica, de un sentido, de una razón universal. Sagrado y profano no son sino expresiones de la necesidad del hombre por comprenderse y comprender su lugar dentro del cosmos. Voz sagrada de Dios y voz profana de los hombres. Tranquilizadora voz sagrada de verdades indudables y tranquilizadora voz profana de verdades relativas. Ambas voces no pueden coincidir: una se impone sobre la otra. Una acalla la otra. En Occidente, tras los largos siglos medievales, la voz de Dios fue silenciándose hasta que, en medio del silencio más absoluto, los hombres descubrieron su soledad. Atemorizados y vulnerables, se enfrentaron a la posibilidad de un cosmos vacío habitado sólo por ellos. Una nueva deidad los salvó de la desesperación: la Razón. Ella les dio fuerzas para continuar su rumbo y, mucho más aún, les dio la certeza de ser centro del universo. La Razón arrastró al hombre occidental a la conquista del mundo.

Por muchos siglos, la fe de los hombres en Dios explicó la marcha de la historia. La voz sagrada decía cuál era el sentido que tenían las cosas dentro del tiempo. La voz sagrada afirmaba que la ira o la piedad divina explicaban victorias y derrotas, justificaban triunfos y fracasos, descifraban la alegría o el dolor. La voz sagrada manifestaba que todo tenía sentido sólo en los inescrutables designios de Dios. Si la vida en esta tierra era insufrible, existiría siempre el recurso del más allá. En el cielo estaban escritas las razones de los dolorosos días terrenales. Los hombres habían creado a Dios para dar un sentido tranquilizador a su existencia. Al final de ésta, llegaría la justicia eterna para todos -dicha para los infortunados, desdicha para los pecadores-; llegaría, también, más allá del tiempo y del espacio humanamente definibles, el feliz encuentro con la divinidad. La voz sagrada hablaba desde la piedad y la caridad pero, sobre todo, hablaba desde la esperanza. El sentido del cristianismo podría sintetizarse en las palabras del Sermón de la Montaña: "¡Bienaventurados los que sufren porque de ellos es el reino de los Cielos!" El dolor, hoy, en la tierra, sería recompensado con la felicidad, mañana, en el cielo.

El súbito silencio de la voz sagrada dentro del mundo occidental creó un vacío que precisaba ser llenado. La Razón llenó ese vacío. Ella se hizo religión: todopoderosa y tranquilizadora religión. Ciencia y Razón dibujaron ante el hombre nuevas promesas de eternidad. La ciencia inspiró optimismo, fe en el futuro. Dijo a los hombres que todas las metas eran alcanzables. Les hizo creer que todo era realizable: que podía abarcarse lo inabarcable, limitarse lo ilimitado, medirse lo inmensurable, cronometrarse la eternidad... La voz profana terminó diciendo algo parecido a lo que siempre había dicho la voz sagrada: que el sufrimiento humano tendría un final, que las desgracias eran superables y que al término de los tiempos aguardaba la felicidad. Sólo había una pequeña variante: la voz sagrada decía a los hombres que la felicidad se hallaba en la otra vida; la voz profana colocaba la felicidad en el futuro: un tiempo terrenal situado delante del ahora.

En el fondo, las cosas no cambiaron tanto: el hombre racional siguió creyendo en una lógica encargada de gobernar las leyes de esa vastedad infinita que lo rodeaba. El mismo estableció las formas de esa lógica que empezaba por creer sólo en aquello que pudiera cuantificarse. Obsesión cuantificadora y obsesión organizadora. A través de las matemáticas el hombre empezó a tratar de abarcar lo hasta entonces inabarcable. La voz profana matematizó el universo. La matemática creó una nueva verdad y una nueva ética: sólo era real lo mensurable; lo demás no era sino engañosa ilusión, especulación metafísica. Las leyes matemáticas -decretó la voz profana de la historia- eran dadoras de poder (el poder de la conquista y la expansión del hombre en el mundo; el poder de la sujeción y domesticación de la naturaleza) y ese poder terminó haciéndose, en sí mismo, verdad. La voz profana otorgó la divina potestad de la verdad a la ciencia y a las matemáticas, y, por ello, adoró a ambas.

Descartes, el gran inaugurador de un tiempo humano independiente de la burocracia celestial, había hecho escuchar a los hombres la nueva voz de la historia desde "el silencio eterno de los espacios infinitos". Esa voz repetía, una y otra vez, las mismas palabras: Razón, Ciencia, Progreso y, sobre todo, Futuro. Esa voz decía al hombre que la historia era hechura humana y que, por lo tanto, poseía el sentido que le imprimían los pueblos. La voz profana de la historia inventó la confianza en el porvenir e inventó, también, el titanismo: fuerza de un destino privilegiado para ciertas naciones elegidas a quienes guiaba la Razón.

Con el titanismo comienza la gran expansión de Occidente a todo lo largo y ancho del planeta. Durante los siglos XVIII y XIX, a través de interminables expediciones e interminables conquistas, Occidente comienza a conocer al otro: un otro extraño, distinto, que, por sobre todo, lo asombra. La extrañeza del otro producirá dos reacciones en el asombro europeo: la del etnocentrismo y la del exotismo; distintas pero profundamente relacionadas entre sí: etnocentrismo es confundir la propia verdad con la verdad universal y el propio rostro con el rostro de la humanidad; exotismo es interés hacia la rareza del otro (hay que proteger y promover esa rareza: preservarla en museos o exhibirla en grandes ferias). A la postre, etnocentrismo y exotismo terminaron por coincidir: la diferencia del otro era, esencialmente, su inferioridad.

Por dos siglos, Europa va a decirle al mundo que éste le pertenece en razón a un proyecto universal escrito en la lógica natural de las cosas y en la perfección de los sueños humanos. Una visión hace su aparición: la de un mundo gobernado por una misma ley y regido por unos mismos principios; un mundo donde lo bueno y lo malo estará escrito en el sentido común de los hombres y en la inapelable justicia de leyes en las que todos habrán de reconocerse. Condorcet, el último de los Ilustrados, imagina el mundo como un espacio homogéneo donde todas las diversidades habrán desaparecido, donde todos hablarán una misma lengua (la lengua de las naciones más esclarecidas -inglés, francés-; o una lengua universal creada sobre bases puramente lógicas) y donde todos los pueblos serán gobernados por un Estado Unico. A la Razón universal y sólo a ella -dice Condorcet- incumben principios de justicia que son válidos en todas partes y para todos. Principios de un derecho racional que terminará por hacerse universal. La voz profana de los hombres aspiraba a repetir el sentido de la voz sagrada de Dios: hacerse prédica de verdades indudables e intemporales. Prejuicios, dice Condorcet, hay muchos, pero la verdad racional es y será siempre una sola. Y sobre esa verdad aspira el último Ilustrado a que se forme "un solo todo, y tender a ese fin único". Esto es: todo el mundo unido, comunicado, por las luces de la Razón.

Ese ideal de un mundo reunido bajo la égida de ciertas naciones (casi escuetamente dos: Francia e Inglaterra) y movido por impostergables razones de cuantificación y suma, terminó por degradarse en ideal de dominio de esas mismas naciones sobre amplísimas porciones del planeta. La voz profana de la historia escrita por las nuevas tribus elegidas, terminó justificando las conquistas imperialistas, el despojo de los no elegidos: los irracionales, los atrasados. La Razón hablaba con voz magnánima: de lo que se trataba era de salvar a los "incivilizados" de ellos mismos: de sus errores y su atraso. Ruyard Kipling, ya en nuestro siglo XX, hablará de "la carga del hombre blanco"; esto es: la responsabilidad moral del hombre occidental era "convertir" a toda la humanidad a la verdad de la diosa Razón y a la religión del progreso. La conquista imperialista se volvió, así, la más "digna" y elevada responsabilidad que podían asumir los países europeos dominadores de los espacios del presente y conquistadores de los caminos que conducían hacia el futuro.

Occidente fue poblando al mundo de fantasmas. *Phantasmata*, decía Aristóteles, eran apariencias inspiradas en la realidad, versiones parciales y subjetivas de ésta. Los fantasmas occidentales se llamaron progreso interminable, linealidad de la historia, "carga del hombre blanco"... En suma: irreal versión de una historia convertida en contraste de tiempos: el tiempo de los elegidos contra el de los réprobos, el tiempo de los modernos contra el de los atrasados, el tiempo de los civilizados contra el de los salvajes. (En 1690, a comienzos de la Revolución Industrial, John Locke había escrito: "Asumimos que el entendimiento humano es, en todas partes el mismo, aunque imperfectamente desarrollado en los idiotas, los niños y los salvajes"). Imágenes, en fin, de una historia teleológica convertida en permanente valoración del tiempo. Desde el "silencio eterno de los espacios infinitos" de Pascal, hasta las "heladas aguas del cálculo egoísta", donde, según Marx, flotaban las principales conquistas europeas, la larga hora de Occidente fue escribiéndose en la fuerza y voluntad de conquista de unos y en la debilidad y derrota de muchos. Imagen de la historia como competencia: constante, interminable; lucha que abarcará, también, a individuos, a sociedades y culturas. Adam Smith y John Locke, los teóricos de la Revolución Industrial, habían descrito la marcha de la historia a partir de la codicia y la inteligencia creciendo a expensas de la pereza y la torpeza. Hombres y pueblos, dicen los teóricos de la Razón volcada sobre el éxito económico, hacen la historia progresista y positiva cuando, en el afán de su propio beneficio, en sus ansias de ganancia, de atesoramiento y suma, crecen y crecen cada vez más y siempre a expensas de los otros. Dinero, excedente, ganancia, provecho: signos dorados y metálicos de la nueva fuerza de la humanidad y de la nueva razón del tiempo. La ambición y el egoísmo escribieron el destino de los nuevos elegidos. El titanismo europeo fue la consecuencia de una fe en un previsible futuro de bonanza. Sobre esa fe se irguieron valores irrefutables, leyes inapelables, principios incuestionables. Sobre esa fe algunas naciones simplificaron la visión de la historia en la sola admiración de su propio dinamismo. Sin embargo, el siglo XX vio las voluntades triunfalistas convertirse en desenfrenada y suicida carrera. Unas décadas apenas fueron suficientes para devastar las ilusiones occidentales y la historia comenzó a parecer, más que línea recta dirigida hacia un vertiginoso porvenir de gloria, tortuoso zigzag, errática línea quebrada de itinerarios y formas confusos, desoladores, terribles...

(Hoy, después de Europa, son los Estados Unidos de Norteamérica la punta de lanza de la civilización occidental. Ellos han tomado el relevo de sus cercanos parientes europeos y escriben las nuevas variantes de un optimismo histórico apoyado en propias ambiciones que se confunden con el destino de toda la humanidad. Repiten, así, el viejo error de los imperialismos: creer que los propios intereses son los intereses de todos; pretender que la propia verdad es o debe ser, forzosamente, la verdad de todos. Los Estados Unidos apuestan aún al viejo titanismo occidental. Perdura en ellos una confianza que posterga el escepticismo que, desde hace décadas, embarga a los europeos. Simple cuestión de tiempo: la confianza norteamericana irá desvaneciéndose a medida que nuestro planeta, cada vez más empequeñecido y depauperado, niegue a los norteamericanos la posibilidad de seguir atesorando y devorando: excedentes, materias primas, espacios...)

La desconfianza definitiva ante los viejos fantasmas occidentales pareció llegar a finales de la década de los años sesenta, junto al jolgorio de una productividad sin término. Decenas de miles de estudiantes, principalmente de los países más ricos de Occidente[[1]](#footnote-1)\*, comenzaron a vociferar ante los incrédulos oídos del mundo su convicción del fin definitivo de las viejas certezas. Las consignas de los jóvenes protagonistas de los episodios de Mayo del 68 de París, las revueltas estudiantiles de universidades norteamericanas, alemanas, italianas, mostraban otro rostro de la modernidad, otra cara de la siempre confiada abundancia. Alguna vez oí un término que, ilustrativamente, designó aquél momento crucial: "el naufragio del 68". La rebelión juvenil manifestaba hastío ante una demasía de falsos valores y saturadas deificaciones. Por esa rebelión hablaba una nueva racionalidad que condenaba muchas de las viejas supersticiones sobre las que aún se arrastraba Occidente. Consumo y progreso, abundancia y mercado, individualismo y lucro fueron violentamente cuestionados por un tiempo desmitificador e iconoclasta que, jocosamente, destruyó, uno por uno, viejos dioses ya aborrecidos.

Lapidariamente dijo Herbert Marcuse, verdadero ideólogo de aquellos años de vital efervescencia: "podemos convertir el mundo en un infierno; estamos en el buen camino para conseguirlo". Las manifestaciones estudiantiles de finales de los sesenta fueron consecuencia de una nueva ética que imponía ideales y principios. Una ética enfrentada a una tradición de racionalismo cientificista, de egoísmo y afán cuantificador. Una ética que cuestionaba la depauperización de la condición humana, la conversión del individuo en cosa, en número, en signo. Una ética que, contra el egoísmo proclamaba la solidaridad; contra el consumismo, la austeridad; contra la vieja indiferencia hacia la naturaleza, el amor por ella; contra la división tajante del conocimiento, un mayor acercamiento entre saberes artísticos y científicos; contra una inteligencia basada sólo en la racionalidad y la lógica, una sabiduría apoyada en la imaginación y la sensibilidad; contra un saber científico amoral, una ciencia comprometida con la ética; contra una visión pragmática y cuantitativa de los hechos históricos, una recuperación de la utopía como la más auténtica fuente del pensamiento transformador. La nueva actitud, nacida en el seno de ciertas capas sociales de Occidente -intelectuales, artistas, estudiantes- brilló durante algunos años como fuego de artificio con el relampagueante brillo de las luces efímeras. Sin embargo, sus secuelas fueron significativas. Las estamos viviendo todavía. Ellas decían, vociferaban, que el tiempo de los conquistadores de espacios había terminado para siempre.

Hoy, desaparecidos, definitivamente, el significado y la razón de los viejos titanismos, Occidente mira el tiempo deshacerse hecho ceniza entre sus dedos. Ya agotó las ilusiones que fueron haciendo su historia. Perdura sólo el escepticismo, sentimiento experimentado por todos aquéllos que han aprendido a dudar y, principalmente, a dudar de sí mismos. Occidente pareciera descreer de todo sin apostar ya a nada. Su acción titánica concluye en descorazonado pesimismo que, sobre todo, desconfía del futuro. Frente a su desaliento, ¿cuál es la actitud de nosotros, de quienes nos hallamos colocados en su periferia? La verdad de Occidente no es ni tiene por qué ser la verdad de América Latina. Nuestro continente aún apuesta a la individualidad del ser humano. Aún apuesta al porvenir. Somos espacio acostumbrado a la convivencia con el otro, al diálogo con los otros. Somos espacio de supervivencia en el que, por largo tiempo, han frecuentado las convicciones de tiempos por hacer; expectativas de metas necesariamente realizables.

Recuerdo aquí tres autores que, de una u otra forma, han tocado en distintos libros el tema del presente y su relación con el inmediato porvenir. Libros tan diferentes como diferentes son sus autores: un francés, Jean Baudrillard; un latinoamericano, Octavio Paz; un norteamericano, Alvin Toffler[[2]](#footnote-2)\*. Los libros de este último son directos y prácticos. Abundan en soluciones y análisis que, generalmente, postulan el optimismo. Son enumeraciones sonrientes que propenden a los recetarios. El libro de Baudrillard, por el contrario, rebosa desengaño y escepticismo. Es el testimonio de un intelectual europeo que extrae de su imaginación y su inteligencia largas autocríticas y, sobre todo, demasiada desconfianza ante el tiempo presente y por venir. Los libros de Paz son luminosos compendios de historia: sin optimismos ni pesimismos; sólo sabiduría de tiempo dibujada en imágenes que son síntesis extraordinarias. De los tres autores, de las verdades que sus libros postulan, escojo las verdades de Paz: ni proponen recetas ni se dejan arrastrar por el lúgubre camino de la desilusión. Son verdades de un latinoamericano: un ser culturalmente comprometido con el deseo de ver y de hacer el tiempo, con la voluntad de una acción que no renuncia a la historia ni se recrimina sin cesar dentro de ella; comprometido, también, con una visión que ni predice la muerte ni aspira a la inmortalidad: mirada lúcida, en fin, que hurga en el tiempo para interrogarlo, sin temor a esa pluralidad de significados que producen todas las verdaderas, todas las ineludibles respuestas.

1. \* Una excepción trágica: México y las manifestaciones estudiantiles que culminaron con la masacre de la plaza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968. Más de trescientos muertos y miles de heridos. [↑](#footnote-ref-1)
2. \* De Alvin Toffler: *El shock del futuro* y *La tercera ola*; de Jean Baudrillard: *La ilusión del fin*; y de Octavio Paz: *La otra voz* y *La llama doble*. [↑](#footnote-ref-2)